



Revista Semanal

Entered as second class matter at the Post-Office at MANILA.

DIRECTOR:—Alejandro de Aboitiz

ADMINISTRADOR:—Claudio R. de Luzuriaga

TEL. 572

P. O. BOX 1659

Vol. I.

Manila, 30 de junio de 1923

Núm. 26

PIO XI

Todos los Romanos Pontífices, desde San Pedro hasta el actual, Pío XI, tuvieron un algo que los distingue a los unos de los otros y les da su propia característica. Así como no es cosa fácil, y pudiera decirse más bien ser imposible, encontrar dos hombres que tengan los mismos rasgos fisonómicos, así es empresa ardua, por no decir imposible, encontrar dos Romanos Pontífices cuyas actuaciones no se distinguan perfectamente, teniendo cada cual sus rasgos distintivos.

Y es que Dios, que como cabeza "invisible" rige los destinos de su Iglesia, de esa Iglesia tan combatida en todo tiempo, ha tenido sumo cuidado en escoger, para que rijan los destinos de esa Iglesia, hombres providenciales, y en absoluta armonía con las necesidades sociales de aquellos que integran el cuerpo místico de Jesucristo.

Así vemos que al tiempo de la invasión de los bárbaros, pone en la Silla de Pedro a un León el Grande, corazón de acero, templado al fuego del más ardiente amor al prójimo, y que no teme presentarse impávido ante el feroz Atila y hacerle retroceder de las puertas de Roma; más tarde, y cuando ya las olas del barbarismo le inundan todo y todo lo arrastran y asolen, se presentará el Gran Gregorio, santo y sabio, fuerte y dulce de carácter, que con su diplomacia y con su tacto exquisito sabrá encauzar las fuerzas bárbaras y con ellas ir modelando pueblos nuevos.

A la tiranía de los soberanos alemanes opondrá Dios el pecho de acero de un Hildebrando, el gran Gregorio VII, tan calumniado por los masones de hoy día y por los "liberales" de ayer, que no han querido molestarse en leer la historia, y que aun hoy, y después de tantas investigacio-

nes históricas, siguen con la misma cantinela acusadora de Gregorio VII, al que ellos se complacen en llamar injusta y tontamente el "Tirano Hildebrando."

Cuando la voz de Pedro el Ermitaño conmueve con sus trágicas narraciones a los pueblos europeos, Dios depara a su Iglesia un Urbano II, hombre lleno de amor los Lugares Santos, que, con su verbo de fuego, abrasa los corazones de cuantos caballeros habían acudido al Concilio de Clermont y los lanza a la reconquista de la Tierra Santa, bajo el "liderato" de Godofredo de Bouillon, el primer Rey latino de Jerusalén.

Y viniendo a nuestros tiempos, en que tanto y tanto ha tenido y tiene que luchar la Iglesia contra todas las fuerzas del infierno, que contra ella se han de modo especial conjurado, nos encontramos con que los Romanos Pontífices, que no han recibido su autoridad, ni tienen su representación de ningún hombre, sino del mismo Dios, de quien son los fideicomisarios, han respondido admirablemente a las necesidades propias de la época y no hay más que estudiar la Filosofía de la Historia de esos siglos y darse cuenta exacta de sus grandes males y miserias, para convencerse, si se la compara con la actuación de los Papas, de la gran verdad que está encerrada en la promesa de asistencia que Jesús diera a Pedro, y a sus sucesores los Obispos de Roma, cuando le confesó por Hijo de Dios.

A mediados del siglo XIX el liberalismo se había desbordado y todo lo arrollaba y envolvía en sus negras ondas; predicábase por doquier el derecho de la razón a gozar de una libertad omnimoda y sin trabas; cuando en Europa se agitaban las grandes cuestiones de la Inspiración y de la

Revelación divina terriblemente combatida por los teólogos y filósofos racionalistas, Dios depara un Pío IX, el Pontífice de carácter amable y altamente progresivo en el buen sentido de la palabra y con el cual hasta llegaron a entusiasmarse los mismos masones, quienes se forjaron ilusiones de ganarlo para su partido, llegando a propalar mentidamente que se había hecho uno de los suyos; pero que cuando llega el momento oportuno publica un Syllabus, que es y ha sido el torredor de los malos, y convoca un Concilio General, el primero después del de Trento, en el que de modo claro y definitivo se determinó cuanto se refiere a la Divina Revelación, en la famosa Constitución "De Fide Catholica."

Más tarde las masas obreras comienzan a agitarse acuzadas por los falsos redentores; el orden social sufre graves trastornos, gracias a las predicaciones de Marx y de otros seclarios, que sembraron la anarquía en las filas del proletariado, y se aprovecharon de las desdichas de las masas para lanzarlas en pos de reivindicaciones absurdas y en pos de ideales utópicos, empeorando en vez de mejorar la triste situación de los trabajadores.

Será entonces, cuando aparezca León XIII, el Pontífice de los Obreros, y que en su famosa Encíclica "Rerum Novarum" echará los fundamentos indestructibles de la verdadera Sociología, la Sociología Cristiana, con la cual armados los sabios cristianos opondrán círculos obreros a las casas del pueblo; sindicatos libres, a los únicos; instituciones cristianas, a las socialistas.

Al morir León XIII, el mundo ansiará una reconstitución doctrinal y social y tal será el objetivo de todo el reinado de Pío X, "Instaurar todas las cosas en Cristo. El modernismo levantará orgulloso la cabeza, creyendo introducir en las filas católicas la división y el desorden; saldrá al paso Pío X y en su famoso Syllabus y en su Encíclica "Pascendi", la más grande quizá que haya salido de la pluma de ningún Pontífice Romano, pondrá fin a las falsas ideas, que, hasta entre los escritores católicos, principiaban a cundir.

Benedicto XV, el gran Diplomata, que bien puede sufrir parangón con Leon XIII y Benedicto XIV, el Gran Lambertini, será el Pontífice que predique incesante la Paz, cuando los pueblos europeos se destrozan fieramente los unos a los otros. Planteará en sus alocuciones los términos de una paz duradera, que más tarde desfiguró y mal presentó el Presidente Wilson en sus "archifamosos catorce puntos," de que tanto se ha hablado y de los que y sobre los que tanto se ha escrito. Nadie trabajó tanto como el Pontífice Romano en pro de la paz Europea y mundial y como testimonio perenne de sus labores, ahí está la estatua levantada en la capital misma del Imperio Turco, y en cuyo pedestal están escritos y compendiados, en unas cuantas frases, los méritos indiscutibles de Benedicto XV a ser con toda justicia llamado el "Angel de la Paz" en Europa.

Esa providencia amorosa de Dios sobre su Iglesia, dándola en cada tiempo la cabeza "visible" que mejor se compagina con las necesidades del mundo, no ya solo el católico si que hasta del mundo disidente y enemigo, cúmplase también, y de modo admirable, en nuestro Santísimo Padre, el actual Pontífice Pío XI.

La guerra europea, sembrando ruinas por doquier y odios en todos los corazones y rencillas en todos los pueblos, ha dejado en pos de sí un campo de desolación y de miseria. Ciérense amenazador el hambre por casi todas las naciones europeas, aun aquellas que no participaron en la gran catástrofe; desquiciadas están las industrias; las clases, antes poderosas y ricas, sufren hoy el atrozamiento atormentador del hambre que les muerde despiadado las entrañas; los sabios de Austria, de Rusia, de Alemania y Hungría arrastran una vida pobre y miserable, pues los salarios no bastan para cubrir las más perentorias necesidades.

El fuego destruye cientos de hogares en Esmirna y en toda el Asia Menor y la Tracia; Rusia ve morir de hambre a cientos de miles de sus hijos, sin que el gobierno de los "soviets" pueda o quiera poner remedio a tanta miseria; las naciones balcánicas ven aparecer en sus horizontes el espectro aterrador del hambre, que va segando cientos y miles de vidas.

Sobre la Cátedra de Pedro en Roma, pone Dios un hombre providencial, que con mano pródiga distribuye abundante sus escasos recursos. ¡Paradoja admirable! El pobre prisionero del Vaticano—porque pobre es el Papá, digan lo que quieran los difamadores de oficio, que hab'an sin documentación y por hablar—encuentra en las arcas de sus hijos, los católicos de todo el mundo, cientos, miles, millones de liras, que con mano pródiga distribuye entre los necesitados, quedándose él con lo más estrictamente necesario para cubrir los múltiples gastos de la Curia Pontificia. ¡El Pontífice y Padre de más de trescientos millones de hombres, que le aman con todo su corazón y que por él están dispuestos a darlo todo y a perderlo todo, tiene que mendigar limosna y pedir de puerta en puerta, no para sí, que él bien poco necesita, sino para la "Humanidad Doliente" para el "Mundo Famélico"! ¡Y hay aún quienes se entretienen en acusar de avaro al Sucesor de Pedro! ¡Y hay aún quienes hacen argumento contra la Iglesia de Roma, de los millones que ellos se imaginan tienen el Pontífice Supremo! No saben o, si lo saben aparentan ignorarlo, dónde van a dar esos millones, y cuántos cientos y miles de bocas han cerrado al hambre! ¿Cuándo hicieron otro tanto los jefes de las otras confesiones?

Si se me pidiera que en una frase caracterizase el Pontificado de Pío XI no sabría decir más que esto: "PIO XI ES EL GRAN LIMOSNERO DE LOS PUEBLOS HAMBRIENTOS DE LA DEVASTADA EUROPA!"

Esa es y será en el futuro su nota característica, y la Historia recogerá en sus mejores páginas las sumas cuantiosas que en dar de comer al hambriento y en vestir al desnudo empleó Nuestro Actual Pontífice y Padre de todos los fieles.

FILADELFO.

CAVANNA, ABOITIZ & AGAN
ABOGADOS

Roxas Bldg. No. 212

Tel. 572